

Reseña

La biología del sujeto de Maturana

y su pertinencia para la reflexión sobre la comunicación como fenómeno y disciplina científica¹

Vivian Romeu

Pensar qué es la realidad es tarea de todo científico. De hecho, en su esencia, de eso se ocupa la ciencia, ya sea la natural, la formal o la social. Pero esto que ha constituido una preocupación constante en el pensar científico hasta nuestros días, adquiere sentido crucial cuando se pretende conocer la realidad para explicarla y de alguna manera, predecirla.

El caso es que ésta ha sido la tarea más ingente de la ciencia desde las elucubraciones geniales de los primeros filósofos hasta el momento actual. Sin embargo, la preocupación por el mundo allende a nosotros que llamamos realidad ha venido flanqueada de una buena dosis de soberbia cuyas consecuencias más inmediatas, al menos en el ámbito de la investigación científica, ha dejado ver la pretendida superioridad de nuestra razón y la supuesta legitimidad del pensar científico como ámbito por excelencia para la construcción del conocimiento verdadero, y también para la imposición de ciertas “verdades” sobre otras.

Es así como el saber se ha configurado, una y otra vez, bajo la lente de la mal llamada objetividad, y es así como hemos terminado por caer en las redes de la aporía conceptualista que ha logrado instalar a la razón científica e incluso al pensar humano como factor independiente, más allá de lo que somos emocionalmente.

1. Humberto Maturana (2015). *La objetividad. Un argumento para obligar*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial Granica, 158 p.



Esto, como también desde tiempos remotos se cuestionó (recuérdese el mito de la caverna de Platón), ha alcanzado nuevamente al debate de la filosofía de la ciencia recientemente, sobre todo a partir de los desarrollos de la física cuántica de Nicholas Bohr y colegas, así como desde la biología del observador de Maturana y Varela, por sólo poner dos ejemplos emblemáticos. En el campo de la filosofía de la ciencia, han sido los desarrollos teórico-reflexivos de Karl Popper, y más recientemente de Bruno Latour y sus seguidores, los que han configurado un acercamiento bastante completo a estas cuestiones; y desde la filosofía del lenguaje y el llamado giro lingüístico desde Wittgenstein y posteriormente con Foucault y Searle, han terminado por completar el panorama, pasando por la semiótica peirciana –y más contemporáneamente por los esfuerzos teóricos de la cybersemiótica de Soren Brier–, el psicoanálisis lacaniano y la psicología constructivista.

En resumen, todos estos arrojados epistemológicos han dado paso a la construcción del paradigma post-positivista, donde la mayoría de los investigadores sociales nos situamos actualmente. Este paradigma, que dista mucho de ser una síntesis entre el empirismo lógico preconizado por el objetivismo y el constructivismo social de matiz hermenéutico-interpretativo, se pregunta por la realidad entendiéndola como inaccesible más allá de nuestro sistema perceptivo –lenguaje y razón incluidas–, pero cognoscible a partir de él. En ese sentido, el post-positivismo ha instalado una nueva forma de entender la objetividad científica a partir de comprender la mediación biológica en nuestro acceso a la realidad, de manera que con ello matiza nuestras afirmaciones acotándolas en su pretensión de verdad. No se trata, por supuesto, de negar la realidad, sino más bien de evidenciar que eso que así nombramos, e incluso caracterizamos y explicamos, no es otra cosa que lo que percibimos de ella, de manera que nos tenemos que conformar con este conocimiento inexacto, o más bien aproximativo.

Esto nos lleva a admitir que no sólo nuestros sentidos sensoriales fallan a la hora de aprehender esa realidad de la cual percibimos sólo una parte (la otra, francamente, por las limitaciones de nuestro aparato perceptivo-sensorial, resulta totalmente inaccesible, al menos hasta el momento), sino que también nuestra razón lo hace. La incertidumbre que esto conlleva no es menor para la tarea del científico, pero claramente lo trasciende porque para todos, hoy en día, no hay más certeza ni verdad que ésa que depende de nosotros mismos.

De lo anterior se colige que la pregunta sobre la ontología de la realidad debe ser sustituida por la pregunta sobre la ontología de la percepción. Y esto es lo que Maturana denomina como biología del sujeto. Quién soy y

desde dónde observo se vuelven así *a priori* imperativos de todo acto de conocimiento, incluyendo el científico.

Pero aunque esta impronta epistemológica que hemos comentado atraviesa el libro que aquí se reseña, es justo señalar que en realidad aparece como una constante en toda la obra de Humberto Maturana, autor de *La objetividad. Un argumento para obligar*. En esta entrega, Maturana hace gala de un lenguaje que si bien resulta bastante barroco, también es justo decir que hace honor a todo el andamiaje conceptual desde el que presenta su noción de objetividad.

Para él, la objetividad es más bien aquello imposible de darse en la realidad humana pues como ya he advertido, no existe una realidad ontológica independiente que pueda garantizarla. Por ello su argumento, que divide ese sentido impostado de objetividad en lo que él llama objetividad con paréntesis y objetividad sin paréntesis, configura desde ahí más que una problemática epistemológica para la ciencia, un llamado a la comprensión de la diversidad desde el entendimiento de la ausencia de la verdad.

Este libro de Maturana se inscribe en el cúmulo de piezas reflexivas que el biólogo chileno ha publicado desde hace varios años sobre la biología del amor en aras de facturar una reflexión de alcances éticos, no sólo prácticos, sino incluso también, trascendentales. Y esto, que para muchos científicos puede tener tintes de charlatanería barata, sobre todo viniendo de un investigador de las ciencias naturales –positivistas por antonomasia– en realidad nos parece representa un esfuerzo lógico por reafirmar la natural diversidad que nos caracteriza como seres humanos sentientes y pensantes, y que resumimos –normalmente sin hacer mucho caso de ello– en el concepto de subjetividad.

Ser sujeto, entonces, no es entendido por Maturana sólo desde la sujeción de la historia social, la cultura y el lenguaje como se hace mayormente hasta ahora desde las ciencias sociales, sino también en el sentido neurobiológico, psicológico y filosófico del término, es decir, desde aquello donde inscribimos nuestro yo, nuestro ser en toda la extensión de nuestra complejidad mental y biológica. La subjetividad, así comprendida, lidia entonces con la individualidad, es decir, con los ámbitos de la frontera de la piel y el pensar propios, a partir de la experiencia de vida de cada quien.

Maturana organiza su exposición en cinco capítulos y un epílogo. En el primer capítulo, *La ontología del explicar*, hace referencia a la objetividad con paréntesis y la sin paréntesis como dos caminos explicativos de la

realidad, decantándose por el primero como principio de objetividad, mientras el segundo –el de la ciencia actual– lo desestima por incorrecto.

En el segundo capítulo, titulado *Realidad: una proposición explicativa*, retoma el planteamiento hecho en el primero para dar paso a una exposición clara acerca de la razón y el papel que ocupa en nuestros juicios y evaluaciones. Aquí elabora un posicionamiento lógico, de carácter sistémico, que explica el funcionamiento del lenguaje, la emoción y la autoconsciencia no sólo en el acto de conocer, sino en la interacción con el otro semejante. Esto le sirve a Maturana para reflexionar sobre las interacciones mente-cuerpo en el tercer capítulo, el cual nombra como *Ontología del conocer*, cuyo nombre ya es de por sí bastante sugerente.

El cuarto capítulo, titulado *Lo social y lo ético*, encierra una serie de reflexiones que en ocasiones se muestran desconectadas de las tres anteriores; sin embargo, el biólogo chileno las reúne para dar cuenta del papel de la pluralidad y diversidad del conocer humano en una especie de ética trascendental que intenta argumentar la aseveración de Antonio Damasio en cuanto al sustrato biológico-emocional de la cultura.

Por último, el capítulo V, *Afirmaciones*, muestra una síntesis que articula su propuesta cognitiva con su propuesta ética. Y ello va sucedido por un epílogo en el que quizá de forma repetitiva, pero eficaz, se decanta hacia su tesis de la biología del amor circunscrita a los seres humanos.

De acuerdo o no con el contenido de este libro, hay en él una reflexión ontoepistemológica atenta y minuciosa en torno a la realidad y el papel de nuestras percepciones en su construcción, aun la sociocultural. El hecho de que titule su libro haciendo referencia a la objetividad, hace pensar en la necesidad de poner atención al replanteamiento del concepto mismo de objetividad que es desde donde finca toda su propuesta.

Así, la propuesta de Maturana en este libro se articula a través de la imbricación de tres de los grandes rubros o ítems que podemos registrar en este texto, a saber: la realidad, la ciencia y la ética. Dentro de ellos, e incluso a partir de ellos, el autor toca otros temas de relevancia; sin embargo, en esta reseña sólo hablaremos de los tres antes señalados en aras de clarificar su lectura, toda vez que son estos los ejes temáticos que organizan su propuesta en torno a la biología del observador y del amor. Algunas de las aportaciones más importantes que hay que recuperar de este libro pueden sintetizarse, tal y como se muestra a continuación.

Con respecto a la realidad, Maturana sostiene que la cuestión central de la humanidad es la pregunta sobre la realidad, pero ésta pertenece al explicar del vivir y el convivir humanos desde donde nace. Al ser el observador un sistema viviente, el autor plantea que hay que asumir con ello que las habilidades cognitivas de éste se alteran si se altera su biología, conformando así diversos dominios de realidad que no son más que dominios de cognición, de racionalidad, donde también están imbricadas las emociones. Pero las emociones, al decir del autor, influyen en el estado de las premisas operacionales del dominio cognitivo donde ocurre la praxis del vivir que son las condiciones aceptadas *a priori* de un observador que respaldan y conforman sus argumentos explicativos. Es aquí donde aparece el lenguaje como mecanismo de distinción y explicitación de dichos dominios cognitivos, de manera que el lenguaje si bien pareciera designar la realidad, lo cierto es que la construye.

Desde esta perspectiva, el autor concluye que la vida humana es un flujo trenzado y confuso de emocionalidad y racionalidad con los que hacemos emerger dominios de realidad, que no son más que dominios cognitivos. Esto lleva a Maturana a afirmar que hay dos caminos explicativos de la realidad: uno que es aquel donde la objetividad se entiende desde una realidad constitutiva (él le llama objetividad con paréntesis) gracias a la comprensión de nuestro papel como observadores en su constitución, en función de nuestras múltiples y variadas praxis del vivir; y otra que entiende la realidad como trascendental, o sea, como algo dado (que es lo que denomina como objetividad sin paréntesis). Bajo esta última premisa, según el autor, tiene lugar por antonomasia, pero de forma errónea, la actividad científica.

Y es que para Maturana la ciencia es un asunto argumentativo, de manera que la argumentación es el mecanismo generativo que produce a la ciencia como una consecuencia de su operar. En pocas palabras: se trata de entender la ciencia como el dominio de explicaciones y afirmaciones que surge de/en la praxis de los científicos a través del criterio de validación de explicaciones presentadas previamente por medio de una operación cognitiva de dominios fenoménicos intersectados (razón y emoción-percepción del observador científico).

Teniendo en cuenta esto, Maturana sostiene que el científico usa en su explicación una orientación emocional para explicar el uso de un criterio de validación desde su propio sistema explicativo, aunque advierte que la mayoría de los científicos no están conscientes de esto. En la opinión del autor, esto se da porque los científicos tratan de entender un dominio de praxis y no un dominio de reflexiones (aquí se puede encontrar una profunda

conexión con el pensamiento de Latour, de tal manera que la proposición científica se convierte para Maturana en un mecanismo generativo que produce una consecuencia de su operación en un dominio diferente (el de la reflexión) de aquél en el que el fenómeno en cuestión ocurre (la percepción y la emoción).

Desde esta aproximación epistemológica queda clara la postura de Maturana al respecto ya que para él las explicaciones científicas no explican el mundo como si fuera algo independiente, sino que más bien explican la experiencia del observador desde el mundo que éste vive. Esto, según el autor, plantea la necesidad de aceptar la separación operacional de la experiencia y la explicación de la experiencia desde la explicación de la biología del observar y arguye para ello el hecho de que el observador científico se imbrica en la experiencia del observar como una condición inicial constitutiva *a priori*. Si aceptamos su postura —y me parece loable que lo hagamos en más de un sentido— las explicaciones científicas se constituyen como experiencias de segundo orden, es decir, como reflexiones mediadas por el lenguaje que las hace inteligibles socialmente.

Es esto, en lo fundamental, lo que lleva a Maturana a afirmar que en la objetividad sin paréntesis —que es la que, según su opinión, sostiene la ciencia hoy en día— el observador ve la realidad como algo que es, y no como una proposición explicativa. De esa manera, abogar por que la explicación científica sea entendida como una operación de la experiencia del observador al interior de la praxis científica, nos lleva a afirmar la tesis no sólo de que la ciencia es un argumento, tal y como lo propone el autor, sino también de que la ciencia es una explicación *sui géneris* de la realidad, construida a través de la praxis científica —que es también *sui géneris*—, pero en ningún caso la única explicación verdadera del mundo. Pero esto no lo afirma en función del criterio de falsabilidad popperiano, sino más bien porque está convencido de que los científicos, al hacer ciencia, no pueden separar su razón de su emoción, y ésta a su vez de su particular percepción, esto es: de su particular forma de construir un dominio cognitivo determinado.

Hay que aclarar que, para Maturana, pensar en la existencia de dominios cognitivos diferentes acusa una perspectiva constructivista del conocimiento que, en mi opinión, confunde más que aclara una postura sobre el conocimiento científico, pues pareciera entonces que todo es ciencia; o más bien, que cualquier explicación científica puede ser equiparable a cualquier explicación no científica, desde el entendido nietzscheano de que no hay hechos, sino interpretaciones. Pero la discusión sobre las limitaciones heurísticas del paradigma constructivista ha sido esencialmente superada

desde finales del siglo pasado de la mano del post-positivismo, aun y con todas las reticencias que sobre éste se tienen hoy en día.

Sin embargo, en favor de Maturana hay que decir que su relativismo constructivista y fenomenológico se ampara más que en una discusión sobre la ciencia y el conocimiento científico (que a mi entender no resuelve argumentativamente de manera convincente), en un escenario ético que es hacia donde se ha dirigido su trabajo en las últimas décadas. Esta perspectiva ética soporta su tesis sobre la biología del amor, donde la ciencia si bien tiene un papel importante, en realidad no ocupa un lugar preponderante.

A Maturana le preocupa la contemporaneidad, es decir, la vida en las sociedades presentes, y le preocupa porque piensa –y creo en parte que con razón– que los problemas actuales se deben a que nuestra forma de pensar la vida no se corresponde con nuestra biología básica, que es la del amor, o lo que él llama la consensualidad.

La consensualidad es para Maturana el modo de ser humano basado en la cooperación amorosa y la simpatía emocional que nos hace humanos. Por ello sostiene categóricamente que como los seres humanos vivimos en diversos dominios de realidad, negar uno de ellos destruye la identidad del sujeto como unidad viviente. Para el autor, ni qué decirlo, el lenguaje juega un papel fundamental aquí, sobre todo porque para él el lenguaje deviene siempre un mecanismo de consenso. En ese sentido, aunque se muestra enfático al afirmar que la cultura no constituye nuestras emociones, concede que nuestro emocionar es mayormente cultural, ya que a su juicio el interés por el otro, a pesar de su fundamento biológico, se aplica racionalmente, culturalmente, vía el lenguaje.

Cuando sostiene que los seres humanos somos animales éticos, en tanto resultado de una evolución primate que emerge de la conservación de un modo de vida cooperativo, no sólo está sugiriendo que la ética surge de la emoción, sino también que la cultura debe transitar por estos derroteros emocionales positivos para seguir siendo humanos.

En ese sentido es en el que afirma que cuando no integramos al otro semejante como parte de lo nuestro o de nuestros intereses, aparecen los problemas de convivencia y negación del otro que hoy presenciamos. Esto es soluble desde su punto de vista a través de entender el principio de la objetividad con paréntesis, pues para él éste es el camino hacia la coexistencia. Al respecto señala con vehemencia que al devaluar las emociones y exaltar la racionalidad creamos ideologías para justificar la destrucción o la

preservación del otro vía la razón, por eso insiste en que es en la emoción del amor, a través de la coexistencia social, donde se implican los dominios de interés por el otro. Así, sostiene, permaneceremos humanos sólo mientras nuestra operación en el amor y la ética sean el modo básico de coexistencia ya que la consciencia relacional es para el autor el amor en acción.

Una vez expuesta sucintamente su propuesta básica, la pregunta obligada que debemos plantear en el marco de esta reseña es la siguiente: ¿Qué aporta todo esto para el estudio de la comunicación?, sobre todo tomando en cuenta que la comunicación es el campo de estudios académicos desde donde parte mi lectura.

En mi opinión hay varias cosas que se deben rescatar de la propuesta de Maturana que son relevantes para los estudios sobre la comunicación. En primer lugar, la comprensión del principio de la objetividad con paréntesis plantea la necesidad de replantear el concepto de comunicación desde una perspectiva fenomenológica. Comunicamos informaciones, sentimientos, emociones, ideas y un montón de cosas más, pero lo hacemos a partir de lo que hemos construido como tal vía la experiencia, de manera que en la comunicación lo comunicado tiene una impronta perceptiva individual, fenomenológica y subjetiva, y no únicamente sociocultural como se cree mayormente hasta el momento, malentendiendo a la sociedad y la cultura como formas divorciadas de la emoción.

Esto, como se podrá notar, pone en crisis el concepto mismo de comunicación como diálogo, conexión o entendimiento, y al mismo tiempo pone en crisis también la idea de la comunicación como mecanismo para la socialización, haciendo énfasis en que la socialización depende más del consenso social vía el lenguaje compartido (que es lo que para él es la comunicación) y de la forma en que construimos la información con la que comunicamos. Ello desestima a su vez (sin negarlo) la preponderancia del análisis sociocultural en la comprensión de la comunicación tal cual se entiende hasta el momento, aunque es justo decir que Maturana, al no lograr trascender la propia lógica de su argumentación, afirma, casi en franca contradicción con su propuesta que no hay comunicación fuera del lenguaje social, pues para él la comunicación es siempre comunicación social. Aquí, creemos, hay un punto débil –paradójico más bien– que, no obstante, ofrece insumos interesantes para el debate.

Al respecto, en lo personal sostengo que este libro de Maturana –y me atrevería a decir que también en el conjunto de su trabajo– no alcanza a cerrar dialécticamente el argumento lógico y epistemológico que pretende

instalar a mi juicio con mucha pertinencia desde su discurso; por eso, si lo entiendo bien, pienso que su pensar –mismo que definiría como de naturaleza fenomenológico-sistémica (un poco a lo Bourdieu, aunque invirtiendo los pares, y carente de la dialéctica intrínseca que caracteriza al pensamiento del fallecido sociólogo francés a través de la explicación constructivista inserta en lo sistémico)-, se queda en la explicación sistémica y no logra retornar el potencial heurístico de la biología evolutiva a la praxis vital de los individuos y especies como un hecho de la vida, lo que me parece una omisión comprensible, pero errónea.

En segundo lugar, la propuesta de Maturana incentiva la reflexión sobre la praxis científica de la reflexión e investigación de la comunicación hacia una que considero muy necesaria para el campo académico de la comunicación, de naturaleza epistemológica. En los estudios sobre la comunicación en la actualidad, e incluso desde su surgimiento –con honorosas salvedades- la comunicación ha sido estudiada en su manifestación concreta (una conversación, un discurso, una interacción, etcétera) como si lo manifesto, lo que se ve, constituyera una explicación del hecho *per se*. Pero lo cierto es que para dar una respuesta más o menos certera de lo que es la comunicación, es necesario también preguntarse sobre qué la hace posible, cómo se llega hasta ella, es decir, por qué se comunica lo que se comunica (y no sólo cómo y qué, que han sido las preguntas usualmente más favorecidas dentro del campo académico de los estudios de la comunicación). Lamentablemente, este sesgo ha ignorado casi por rutina la cuestión del porqué se comunica, imprescindible a mi juicio para explicar con mayor exactitud qué y cómo se hace.

Por último, la consideración ética desde la que Maturana pretende dirigir la mirada del lector en la obra aquí reseñada, posee planteamientos heurísticos para plantear una teleología de la comunicación. Aunque acercamientos reflexivos de este tipo han sido frecuentes desde la filosofía, es bastante conocido que la enseñanza, la reflexión y la investigación de la comunicación los ha soslayado en la gran mayoría de los casos. ¿Para qué debe servir la comunicación? es una pregunta que nuestro campo académico prácticamente ha dejado sin contestar, más allá de los esfuerzos reflexivos –no menores- en el macroámbito de los medios masivos y las tecnologías de comunicación social, vinculadas en lo general a la práctica profesional de la comunicación.

Ciertamente, el antecedente que representan los desarrollos latinoamericanos de la segunda mitad del siglo pasado, que tradujeron esa impronta ética hacia el plano político y sociocultural desde la perspectiva de la

Comunicación para el Desarrollo, y más recientemente algunos pocos esfuerzos en torno a la llamada Comunicación estratégica y la Ingeniería social de la comunicación, constituyen hoy en día abordajes legítimos a estas cuestiones. Sin embargo, en mi opinión, todas ellas adolecen de una reflexión éticamente genuina fuera de la urdimbre conceptual de los sistemas de razón, por lo que considero que la tesis que Maturana expone ofrece una arista interesante para la discusión en torno a la teleología de la comunicación, pues pone el dedo en la llaga al voltear a ver como criterio insoslayable a lo perceptual-emocional, que es lo que permite ampliar la posibilidad de entender la teleología de la comunicación también en los ámbitos microsociales, incluso interpersonales, intrapersonales e íntimos.

Como se puede ver, este libro resulta un buen insumo para pensar el quehacer científico al interior del campo académico de los estudios sobre la comunicación, al tiempo que también constituye materia de relevancia para pensar al fenómeno comunicativo en su definición conceptual tanto como en su praxis. Por eso creo que el valor que esta obra de Maturana tiene para los estudios sobre la comunicación reside en su capacidad para suscitar una buena cantidad de preguntas. *La objetividad, un argumento para obligar*, es una de esas obras que siembra con firmeza los pilares de una discusión científica pertinente no sólo en el campo de la biología o de la ética, sino en el de la ciencia misma. No me queda más que invitar a su lectura, y en lo posible, incentivar a través de ella su necesaria discusión.